

bola ocho

elizabeth geoghegan

colecciónnotraslatitudes

bola ocho

elizabeth geoghegan

Traducción de
Blanca Gago

Nørdicalibros
2022

Título original: *eightball*

© Elizabeth Geoghegan 2019. Publicado por acuerdo con Susan Schulman A Literary Agency, Nueva York

© De la traducción: Blanca Gago

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.
Doctor Blanco Soler, 26 - CP: 28044 Madrid
Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com
www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: enero de 2022

ISBN: 978-84-18930-40-9

Depósito Legal: M-34803-2021

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos

(Salamanca)



Diseño de colección: Filo Estudio e Ignacio Caballero

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Re-prográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En memoria de mi hermano G. M. G.

EL CHICO ÁRBOL

El Chico Árbol asoma cuando la clase ya ha empezado. Camiseta blanca ajustada, botas con punta de acero, pantalones cargo lavados con el programa de ropa delicada y llenos de manchas de árbol gomero. Lo he visto usando una motosierra tantas veces como disertando acerca de los primeros grandes fotógrafos. Talbot. Cartier-Bresson. Aunque me habla de diversos lugares donde ha vivido, solo soy capaz de imaginarlo cerca del Pacífico. Una vida en la península Olímpica. Un legado marcado por los camiones forestales y la pobreza.

El Chico Árbol es el más mimado y a la vez el más gamberro del programa de posgrado. Llegó a la universidad gracias a una beca. Trabaja en el monte por necesidad. La facultad nunca le permite olvidar su gran talento —tan evidente que no necesita padrinos—. En el campus se oyen comentarios casuales sobre su trabajo: el Chico Árbol corta las ramas de la universidad y usa la carga de leña como material artístico. Entre tantos míticos linajes originarios de la costa este, es como si él encarnara todo cuanto aborrecen de esta ciudad, tan al norte y tan al oeste que muy bien podría situarse en Alaska. Sin embargo, a la hora de repartir premios o puestos docentes, siempre lo señalan a él.

El Chico Árbol vive de alquiler en un ático cerca del acantilado del lago Union con vistas al oeste, a su tierra. Suelo llevarlo en coche a casa. Nunca me invita a entrar,

pero empieza a sentarse a mi lado en clase. O me espera plantado en la puerta de mi estudio con un vaso de cartón lleno de café en una mano y una bolsa marrón arrugada con melocotones en la otra. Va proclamando por ahí que ya no hace fotos, que una fotografía nunca podrá estar a la altura del objeto real. Pero cuando le enseño las que hice el año que viví en Roma, me dice que le gustaría quedarse con una.

Una noche, el Chico Árbol se pone a deambular por mi estudio. Ya es muy tarde. Sin darse cuenta, se quita el lápiz que lleva detrás de la oreja y lo hace rodar por su pelo corto, por todo el cuero cabelludo hasta la nuca y vuelta a empezar. Me dice que ha venido a ver mi trabajo, y observa mis fotografías en silencio. Mientras va pasando las imágenes de una en una, me siento desnuda bajo su mirada. Y lo estoy. He hecho una serie de autorretratos, primeros planos de mi cuerpo tan de cerca que el paisaje de la piel se vuelve irreconocible en muchos de ellos. El pliegue del codo. El borde difuminado de la cara interna del muslo. En todo caso, creo que él sí es capaz de reconocerlos. Sin pedir permiso, descuelga una hoja de contacto de la pared y se sienta en mi silla con treinta y seis negativos de mi pecho izquierdo en la mano. Al levantar la vista, me dice que mis fotos son infantiles.

Luego me pregunta si me apetece una cerveza.

Seattle parece dulce después de Chicago. Demasiado verde y demasiado hermosa. Demasiado sosegada. Encierra un lado siniestro, pero este permanece camuflado tras las glicinias en flor y las inofensivas casitas de madera que salpican las colinas. Yo solo soy capaz de vislumbrarlo desde lejos, igual que el monte Rainier. Meses interminables envueltos

en la niebla e incontables masas de agua —a cada pequeño despiste con el coche, me encuentro en mitad de un largo puente, obligada a seguirlo hasta que, por fin, puedo volver a la otra orilla—. Mi brújula interior resulta totalmente inútil. No hay un solo lago que marque el este, como si no existiera este alguno. No hay luz al amanecer, solo un destello de color ocasional, la niebla que se disipa ya con el atardecer de verano y el dolor ante una puesta de sol casi consumada que desaparece por el estrecho de Sound.

Durante casi un semestre, lo estuve observando mientras talaba los árboles o arrastraba la broza para cargarla en su maltrecha camioneta, de color blanco desgastado y con varias manchas de pintura de retoque a la vista. Me pasé meses deseando ser una de aquellas ramas. Que tirara de mí hacia él y me liberara a golpe de sierra. Sentir mi propia caída una y otra vez. Ser la rama esculpida por él en una forma seductora y quedar expuesta en la galería ante la mirada de todos. Pero ocurre que el Chico Árbol siempre destruye sus instalaciones. Crea objetos exquisitos y luego los quema hasta reducirlos a cenizas, sin dejar rastro alguno ni documento gráfico de ellos, simplemente aparece al final de la exposición y barre los restos con un recogedor de metal.

Mientras cruzamos el patio, me describe los incendios forestales que presencié en la península de niño. Le pregunto si esa es la razón por la cual quema su trabajo.

—No —responde, y me mira como si fuera tonta—, pero siempre acaba envuelto en llamas.

Antes de que le prenda fuego, me acerco a hurtadillas a la galería y fotografío su última instalación. Dípticos grabados con esmero en la madera de pino. Acaricio lentamente la madera lisa y suave, siento las letras como si fueran venas

en su esbelto brazo. Pienso en la contingencia del fuego; en su trabajo, que regresa a la tierra en forma de ceniza bajo el cielo raso y asfixiante del noroeste. Más tarde, cuando le digo que debería escribir, me sermonea durante media hora acerca de la futilidad de las palabras. Al día siguiente, me trae un libro: *Modos de ver*, de John Berger, con un montón de hojas sueltas y páginas deformadas por la humedad. Al hojearlo, advierto su perfecta caligrafía en la lista de iniciales con sus respectivos números de teléfono que aparece en el interior de la contracubierta. Contemplo la lista y me pregunto quiénes serán. Sobre todo, me pregunto cuántas serán mujeres.

De vez en cuando, me llama para pedirme que le dé uno de esos números. Insisto en devolverle el libro, pero él se niega a aceptarlo. Me dice que ya lo ha leído y no tiene sentido conservarlo.

Lo guardo como un relicario junto a mi cama.

Busco respuestas enterradas en los capítulos de Berger.

Me aprendo de memoria la lista de teléfonos.

Incluso mi perra se ha quedado prendada del Chico Árbol y actúa como una desvergonzada de primer año. Cuando la traigo a la universidad, llora y gimotea, golpeando la puerta de mi cuarto de trabajo sin cesar. La dejo salir y se pone a deambular por el pasillo, describe círculos frente a la puerta de su estudio, se enrosca en sí misma y se persigue la cola. Por mucho que la amenazo, no logro que me haga caso. Me rindo y vuelvo al cuarto oscuro, me sumerjo en el resplandor de la bombilla roja y el reconfortante aroma a sustancias químicas. Me quedo ahí merodeando hasta que todo el mundo se marcha a cenar o a fumarse un cigarro, y entonces revelo el carrito con las fotos que hice de la obra del

Chico Árbol, veo cómo las imágenes plateadas irrumpen entre las aguas. Guardo las copias en una carpeta y escribo en la tapa: «Leña».

Las cosas siguen así durante varias semanas. Dejo de escuchar música para poder oír el chirrido de la puerta cuando entra. Cocinamos algo de cena a última hora y nos sentamos a comer en el suelo. Bosqueja mi retrato a la luz de las velas. Bebemos *whisky* a palo seco. Cuando estamos solos, nunca me toca, pero en cuanto algún profesor o compañero nos mira, empieza a trazarme círculos pequeños y lentos con los dedos en el interior de la muñeca, o se interrumpe a media frase para apartarme el pelo de los ojos.

Una noche, me habla de las mujeres con quienes se ha acostado. Cómo las tocaba. Cómo las deseaba. Casi en susurros, me habla de su antigua novia. De cuánto le gustaba bañarla, sentado en los fríos azulejos junto a la bañera, enjuagándole el pelo con agua templada. Cómo, después de que ella lo dejara, corrió descalzo por las montañas de las Cascadas hasta que los pies se le quedaron en carne viva, sangrando, y entonces volvió arrastrándose por la tierra durante dos horas, sorteando a los senderistas y los ciclistas y las familias de pícnic hasta llegar a la camioneta.

—Todo en Seattle me recordará siempre a ella —dice.

El Chico Árbol cree que nunca podré hacer buenas fotografías porque nunca he tenido que arreglármelas yo sola. Quiero pensar que se equivoca, pero una parte de mí teme que esté en lo cierto. Él insiste en señalar mi educación burguesa, los psiquiatras y las vacaciones en familia, los colegios privados.

—Siempre he trabajado —objeto—. Las cosas no son tan sencillas.

Me mira y esboza un gesto, tal vez una sonrisa.

Me esfuerzo por mostrarle quién soy realmente. Le hablo de los amantes que tuve en Chicago. El bajista, el mensajero de la bici, el arquitecto. Le cuento lo que me gusta —que me corro solo con que un hombre me toque el cuello, solo con eso—. Le cuento que me gusta que me follen por detrás, porque prefiero no ver la cara de mi amante si no estoy enamorada de él. Le cuento demasiado y sigo empeñada en no haberle contado lo suficiente. Le cuento que la primera cámara que tuve fue una Brownie. Le cuento que mi árbol favorito es el magnolio y mi santa preferida, Lucía, con la tierna imagen de sus ojos arrancados y dispuestos en el plato que siempre lleva en las manos.

También le cuento los largos y pegajosos días que pasé en los establos, cuando me quitaba la ropa y me metía en el lago con mi caballo, para deslizarme por su lomo brillante y sentir el suave zarandeo de su cola a través del agua verde. Y le cuento el día en que lo castraron. Cómo dejaron los testículos en el pasto para quemar y, con el paso de los días, a todas horas —incluso a las nueve de la mañana—, sentía la necesidad de fotografiarlos. Dos bultos de sangre y piel hinchada secándose al sol de agosto.

El teléfono me despierta antes del amanecer. El Chico Árbol llama para pedirme un número de teléfono. Me dice las iniciales en voz baja, sin añadir nada más al respecto. Me demoro en dictar el número, pese a sabérmelo de memoria. Dejo el auricular sobre la almohada, finjo ir a buscarlo antes de leerlo; primero el prefijo internacional de Italia y luego una larga ristra de números.

Después de todo, sí que soy una rama. El sauce que se dobla una y otra vez.

Pero el Chico Árbol quiere partirme en dos.

Cuando estoy en la facultad, aguzo el oído para intentar escuchar su motosierra. Busco en el aparcamiento, pero su camioneta no está. No aparece por el campus en una semana. Mi perra monta guardia frente a la puerta de su estudio. Llamo a todos los números de Seattle que hay en la lista de Berger. Escucho con atención el sonido de cada voz femenina antes de colgar. Considero la posibilidad de llamar a Italia. En lugar de eso, pongo *Modos de ver* en la parrilla de la barbacoa. Vierto un buen chorro de líquido inflamable sobre la cubierta, enciendo una cerilla y emulo el martirio de san Lorenzo, mientras contemplo cómo arde esperando, de algún modo, que el libro se alce y me plante cara.

Por la mañana, solo quedan cenizas y trocitos apelmazados de tiza gris que extraigo de la rejilla con un palo. Cambio de tercio y sigo fotografiando mi cuerpo. Rebano las imágenes en trocitos y las reconfiguro, intentando convertirme a mí misma en otra persona.

Y entonces, un día, aparece ahí, tumbado en mi hamaca, con mi perra estirada sobre el torso. No quiero que se dé cuenta de lo feliz que soy de verlo.

—Chico Árbol —le digo, echando una mirada culpable a la barbacoa.

—Te he echado de menos —dice.

Pero cuando vuelvo a mirarlo, está acariciando a la perra.

Subimos a la camioneta. Gira la llave y arranca, pero al cabo de un instante detiene el motor, se acerca y se queda mirándome durante un largo rato. Justo cuando creo que va a besarme por fin, alarga el brazo por delante para echar el cerrojo a mi puerta. Vuelve a arrancar, mete primera y

espera a dejar atrás la manzana para encender los faros. Un haz de luz cada vez más débil observando la calle desierta.

Cruzamos un puente, y luego otro, para salir de la ciudad. Los árboles de la cuneta se vuelven más espesos conforme avanzamos por la carretera. Cuando alarga el brazo para reducir la marcha, me roza la pierna con la mano.

—Escucha —dice.

Y yo escucho, sí. Pero escucho del mismo modo que puedo escuchar las canciones del CD que preceden a la que realmente estoy esperando oír.

Entonces me habla de la pintora de quien se enamoró, no por sus pinceladas —que eran geniales—, sino por su ligero acento de Kentucky y sus largas y melosas pausas, su que-rencia por la palabra *papá*. Me cuenta cómo engañó a su novia, con quien llevaba siete años, para perseguirla. Cómo empezó todo. Y cómo terminó. Que la pintora estaba liada con su profesor favorito, y lo siguió hasta Italia gracias a una beca Fulbright.

Pero, para entonces, ya era demasiado tarde. Su novia había arrojado sus cosas más preciadas al suelo del patio, un día de lluvia. Durante semanas, estuvo pasando con el coche por encima de sus posesiones, sus trabajos, incluso las fotos que había hecho de ella. Dibujos destrozados y atrapados entre los postes. Láminas arrugadas mezcladas con el barro y la basura por los bordillos y los desagües. Todo cuanto quedó pasó a incrustarse en el suelo pavimentado o bien se lo comió el musgo: verdes y fecundos zarcillos reclamando el legado de aquel que había sido hasta entonces.

—Así que estuviste en Italia —le digo.

El Chico Árbol tamborilea con los dedos en el volante, y la débil luz del faro parpadea a modo de respuesta.

La oscuridad está llena de curvas cerradas. El aire lucha por entrar a través de la ventanilla, la luna del coche traquetea y la goma bate contra la puerta. Por un momento, los árboles despejan el camino y, aunque es de noche, puedo ver que una tala masiva ha devastado la ladera de la colina. Solo quedan tocones, desolados como lápidas, entre los surcos de los neumáticos.

Llegamos a un camino embarrado. Los matorrales y las ramas chocan contra los bajos de la camioneta mientras avanzamos lentamente, sorteando los baches. Observo sus manos, que se abren y cierran en torno al volante. Cuando detiene el motor, rodamos en punto muerto hasta que, finalmente, nos paramos.

Sale del coche y cierra la puerta. La perra da un brinco desde el asiento de atrás y ambos desaparecen en la oscuridad. Traidor, pienso. Quito el cerrojo y busco a tientas la manija, que se desprende y se me queda en la mano. La miro un instante, y luego la dejo en el salpicadero y bajo la ventanilla. Las ramitas crujen bajo sus pies a medida que se acerca. Me abre la puerta y salto hacia el suelo, casi me hundo en sus brazos. Siento sus manos y una cálida brisa. El olor a tierra húmeda y ropa fresca, su olor.

Las rocas empiezan a desperdigarse conforme nos alejamos, más y más allá, entre los árboles. El collar de la perra cascabelea al son de su trote, por delante de nosotros. Con un susurro de alas, un pájaro abandona la rama en que está posado en plena oscuridad. Cuando salimos del bosque, la luna baja y rojiza centellea sobre el lago. Recuerdo haber leído en alguna parte que contemplar el reflejo de la luna en el agua constituye un remedio tradicional contra la histeria. Casi me echo a reír. Ahora lo deseo más que nunca.

Cada detalle de su traición me hizo desearlo aún más. Escuché su relato como una especie de confesión, una prueba con la que admitía el gran error de toda aquella historia. Como si estuviera ajustando la apertura para, por fin, enfocarme a mí. Y ya no me importa dónde haya estado, si en Italia o en cualquier otro sitio. Y no me importa a cuántas se ha follado si ahora soy yo quien está en el centro del encuadre.

El aire está preñado de promesas calientes. Mueve los dedos despacio, recorriéndome la clavícula, rozándome la garganta. Cierro los ojos. No quiero ver nada. Solo quiero que no se detenga.

Se detiene.

Cuando parpadeo y abro los ojos ya está adentrándose en el lago, con los vaqueros empapados hasta la rodilla. Entonces sale, viene a darme la mano con suavidad, me convence para que me meta en el agua con él y desaparece. Luego vuelve a emerger a lo lejos, flotando boca arriba sobre el agua negra. Sin embargo, soy yo quien va a la deriva. Árboles altísimos y una luna granada. Pero quiero forzar el fruto hasta que se abra. Que las rojas semillas se me hagan jugo en la boca.

Por fin, se acerca a mí nadando y me conduce hacia la orilla.

Casi me sorprende cuando me tiende en el suelo. Me desabrocho la blusa y me recorre la curva de las costillas con su palma callosa. No es ni brusco ni cauteloso —casi cínico—, como si yo fuera un trozo de madera y él me inspeccionase en busca de alguna tara. Me baja la cremallera de los vaqueros, me los desliza por debajo de las caderas y hunde la cara en la llanura de mi vientre. Puedo sentir la

caricia de su pelo recién rapado, las gotas de agua aplastadas en mi piel. Me rodea el ombligo con la lengua, y luego baja, y solo se detiene para guiar las bragas por las piernas abajo.

No deseo otra cosa que sentirlo dentro de mí.

Pero primero quiero que me bese, suave y despacio, durante mucho tiempo.

Se quita la camisa mojada de un tirón y la arroja al suelo. Tiene un abdomen firme, un torso lampiño y delicado, un tatuaje de la Virgen junto al corazón. La tinta se ha puesto verde y tiene la cara llena de lágrimas. Me siento y lo busco a tientas, pero él me agarra las muñecas y me las aprieta con una sola mano. Tiene un cuerpo tan bello que, de repente, me siento cohibida. Aunque me he fotografiado los labios de la vulva y los he colgado en la pared para que todo el mundo los vea, nunca me he sentido tan expuesta.

No me asusto cuando me tira al suelo.

Ni cuando se mueve y, sin dejar de sujetarme las muñecas, me pone una rodilla encima de cada hombro y se cierne sobre mí.

Se desabrocha el cinturón y la hebilla casi me restalla en la cara.

Y no es que no quiera.

Es que no me ha besado ni una sola vez.

Es que no me atrevo a pedírselo.

Lo guío hasta mi boca y recuerdo cuán lentamente parecía quemarse el libro. El modo silencioso en que las páginas se enrollaban y ennegrecían. Las chispas refulgían en el aire y flotaban alrededor. Las pavesas y cenizas me caían a los pies.

Como si todo estuviera volviéndose demasiado íntimo, el Chico Árbol me suelta las muñecas, se incorpora y me levanta hacia él para darme la vuelta. Las rocas se me clavan en las rodillas y las manos se me hunden en el barro.

No fue como yo quería: las manos del Chico Árbol partiéndome como leña, los vaqueros mojados del Chico Árbol serrándome los muslos.

Soy una rama demasiado crecida que necesita una poda.

Soy la sombra que usurpó su lugar a la luz.

LA HORA VIOLETA

El verano en que Violet conoció a Billy, él dormía en un futón bajo un árbol, en el patio trasero de una casa en el extremo sur del pueblo, con todas sus posesiones en un trastero alquilado al extremo norte del pueblo. Cuando la invitó a una fiesta —en su casa, o eso entendió ella—, Violet enseguida descubrió que la línea de demarcación de su dormitorio consistía en una serie de farolillos colgados de las ramas de un sicomoro gigante, y allí, una vez sentados bajo el dosel arbóreo, las llamas de las velitas se iban consumiendo como luciérnagas apresadas en tarritos de cristal. Entonces, él la atrajo hacia sí.

—Como fuiste tú quien me propuso que nos viéramos, no sé muy bien qué ritmo hay que seguir —dijo Billy.

Violet no había propuesto ninguna cita a Billy, pero sí lo había llamado para darle las gracias.

Un día, mientras iba por la carretera Diagonal en dirección a Boulder, metió la rueda en un socavón y tuvo un pinchazo. Cuando ya llevaba más tiempo en la cuneta del que estaba dispuesta a admitir, Billy apareció a su lado montado en bicicleta, una visión embutida en elastano, todo un cuerpo ciclista que no dejaba lugar a la imaginación cuando se agachó, dispuesto a emprender la búsqueda del gato y sacar la rueda de repuesto del maletero del coche.

Cuando Violet le pidió el teléfono, él frunció la cuenca de los párpados de sus ojos castaños, los mismos que

estuvieron apuntando a ella durante toda la noche de la fiesta. Por encima del hombro de Billy, veía a la anfitriona vigilar la barbacoa. No estaba segura de la relación que unía a ambos, pero la mujer estuvo evitando concienzudamente a Violet durante toda la noche, al tiempo que conseguía que, de alguna manera, se sintiera observada a cada movimiento.

Violet le preguntó qué ritmo seguiría de haber propuesto él la cita.

—Vertiginoso —dijo él.

—Bueno, entonces...

Y antes de darse cuenta, se encontró establecida junto a un hombre cuya idea del compromiso consistía en sacar un pase conjunto de temporada en Vail, la mejor estación de esquí de la región. Se convenció a sí misma de que, de todos modos, se habría quedado en Boulder, y habría comprado la casa, aunque sabía que era la casa de los sueños de Billy, no los suyos. Una casa tan metida en el cañón de Left Hand que podían pasar días y días sin ver otra cosa que pétreos venados por la ventana, o el reflejo del sol en el guardabarros del vecino cada vez que pasaba con la camioneta entre traqueteos. Y luego estaban los largos trayectos diarios hasta su trabajo.

La relación de Violet y Billy siempre había estado puntuada por varios interrogantes. Ella empleaba demasiado tiempo en demostrar que estaba centrada, cuando cualquiera que la conociera podía darse cuenta, a primera vista, de que no lo estaba. Incluso Billy. Aun así, la mayor parte del tiempo las cosas funcionaban bien, hasta que él le propuso que lo acompañara para hacer juntos la Ruta de la Seda. Ella lo puso todo de su parte: pidió una excedencia en el trabajo, consiguió que Jane se quedara con el perro

y alquiló la casa a un profesor visitante de la universidad. Incluso asumió que tendría que cargar con una mochila durante todo el día, convencida como estaba de poder renunciar a las modernas comodidades.

Violet aspiraba a ser esa clase de mujer que no se achanta a la hora de atravesar terrenos escabrosos en países con nombres impronunciables y fronteras tan escurridizas como los dictadores que las marcan. Anhelaba esa inefable cualidad de estar guapa ya recién levantada, antes del café y el rímel. Abandonó la exigua esperanza de encontrar un salón de belleza decente en Kasgar, Benarés o cualquier otro lugar de la ruta. Billy se había burlado de ella sin asomo de piedad cuando cometió el error de compartirla en voz alta.

Y a todo esto, ¿qué esperaba él? Un día se quejaba de que le salía muy cara, y al siguiente la animaba a comprar la última cafetera expreso italiana o un nuevo monovolumen. Parecía incapaz de prescindir de esos chismes. Por mucho que prefiriera llevar camisetas gastadas o jerséis andrajosos de lana hecha con botellas de plástico recicladas, siempre tenía que hacerse con el último grito en todo. Aunque no estaba dispuesta a admitirlo, empezó a ver que Billy era esa clase de tío que se gastaba seis mil pavos en una bici de montaña y luego racaneaba la propina a la camarera por el burrito del desayuno. A veces, Billy no le gustaba nada. Pero daba igual que le gustara o no. Lo amaba.

Y él se dejaba amar. La mitad del tiempo, ni siquiera estaba en casa. Mientras ella acababa el máster y trabajaba recaudando fondos para un museo, Billy se dedicaba, sobre todo, al «trabajo de campo». Usaba esa expresión sin asomo de ironía. En verdad, a ella le encantaba abrir el *Times* o el *Outside* y contemplar sus fotografías, pero lo echaba de menos cada vez que se marchaba a pasar una temporada fuera.

De modo que un día, a su regreso de una estancia que se le antojó especialmente larga en Tayikistán, Violet le contó sus planes de comprar una casa y le pidió que se fuera a vivir con ella. Lo expuso en su propia jerga:

—Necesitas un campamento base —le dijo.

Y él aceptó.

Ella estaba entusiasmada con la idea de quitarlo del mercado. Boulder estaba poblado de exnovias de Billy. Había salido con tantas que era imposible llevar la cuenta, aunque solo unas pocas habían conseguido retenerlo a su lado por un tiempo. Pero, entonces, llegaba un momento en que él se enrolaba para un bolo en algún lejano lugar o bien se inventaba una razón incontestable para visitar las Galápagos o Nepal, y pedía a la mujer de turno que le cuidara a Kit, su labrador amarillo. Por supuesto, todas acataban. A veces las llamaba, a veces incluso les enviaba regalitos envueltos en algún trozo de periódico con letras árabes o asiáticas.

Más pronto o más tarde, llegaba el correo electrónico para decir a la mujer de turno que le estaba realmente agradecido por cuidar a su perro, pero creía que hacía mal en pretender que ella lo esperara. Nunca decía que no la amara. Tampoco decía que hubiera conocido a otra persona. Solo decía que no podía darle cuanto ella merecía. Siempre era el mismo correo. Por otra parte, su colección de exnovias mantenía un cierto sentido del humor, pues todas bromeaban acerca del borrador que Billy debía de tener guardado en alguna carpeta de su Yahoo, lo cual le permitía meterse en un cibercafé con cualquier excusa, en medio de algún páramo tercermundista de dondequiera que lo hubiera llevado su viaje, sin tener así que pagar los minutos que le habría costado redactar la carta. O el descarte, por

así decirlo. Aun así, todas ellas estaban dispuestas a seguir siendo faros e iluminar su camino, aunque nadie podía negar que, con Violet, Billy parecía haber cambiado.

En la medida de lo posible, Violet evitaba la cuadrilla de Billy (Kelly, Caitlin, Lani y Mel). Una vez se las encontró en un bar de cervezas artesanas que había en el pueblo, y Kelly la arrinconó ante la puerta del baño de señoras.

—Siempre vuelve contigo —dijo Kelly. En su voz se adivinaba esa brillante intensidad tan común entre las atletas de primera clase, idealistas y veganas.

—Siempre vuelve con Kit —corrigió Violet.

Kelly era la típica mujer de Boulder, escaladora profesional sin un gramo de grasa, con una melena rubia resplandeciente y una renta vitalicia, y lo que es peor, también una buena persona. Billy se empeñaba en recordar a Violet que Kelly no solo era voluntaria en los equipos de rescate de las montañas Rocosas, sino que trabajaba como orientadora con niños cuyos padres estaban en la cárcel, y acudía a visitarlos cada semana. Billy conoció a Kelly una vez que tuvo que fotografiar alguna técnica imposible de escalada cerca de Ouray para la revista *Rock and Ice*. Luego pasaron juntos el resto del invierno en el campo, esquiando y escalando en hielo por las montañas de San Juan. Su portafolio de trabajo estaba lleno de fotografías de Kelly colgada por los dedos de toda clase de cañones y gargantas, sin ningún esfuerzo aparente. Imágenes suyas en las que conseguía parecer delgada incluso embutida en el equipo de esquí de travesía o el de acampada de alta montaña. Aun así, ella tampoco había durado.

Pasaron los meses y Violet empezó a relajarse, no solo con Kelly, sino con todas las demás, incluso con Billy. La sensación de pánico que sentía brotar en su interior cada

vez que recibía un correo de él empezó a disiparse. Y hete aquí que, con el paso del tiempo, cuando ya culminaban su segundo año juntos, Billy propuso la idea de la Ruta de la Seda. Lograba que todo pareciera muy fácil, tentándola con unas semanas «de relax» en el Sudeste Asiático antes de emprender el camino a China, cuando el tiempo lo permitiera, y seguir así la famosa ruta. Violet confesó a Jane que estaba convencida de que ese viaje le sentaría muy bien.

—Miéntete a ti, si quieres —le dijo su amiga—, pero a mí no me mientas.

Más tarde, envió a Billy un correo en el que admitía estar preocupada porque algunos países de la ruta parecían peligrosos.

—Soluciona lo que tengas que solucionar —le respondió él—, y dime cuándo podrás llegar a Bangkok.

A ella le gustaba viajar, pero la palabra *viaje* le evocaba imágenes como una tumbona en una playa de Eleuthera o una visita a la Tate Modern de Londres, seguida de un *sushi* en un restaurante; en modo alguno una disentería o una noche durmiendo en el suelo de una yurta, en mitad de un país acabado en -tán. Nunca había entendido por qué el senderismo se consideraba una opción vacacional y aunque, ciertamente, había acabado viviendo en el Oeste, Boulder ya no era el pueblo *hippy* de antaño. Ahora incluso era posible encontrar un bolso de Marc Jacobs en el centro comercial de la calle Pearl. A ella le encantaban las montañas, lo mismo que a cualquiera, pero siempre se había conformado con mirarlas de lejos.

Mientras preparaba la mochila y arreglaba los últimos asuntos antes de su partida, Billy iba enviando información sobre Colombo y Yakarta. Una noche la llamó.